

Cuentos filosóficos de Bruno Estañol

Hugo Hiriart

El acervo bibliográfico de la UNAM es el cofre del tesoro. Abrámoslo otra vez y espulguemos entre sus rarezas y maravillas a ver qué podemos rescatar en esta ocasión.

La novela es agua que corre, fluyente, mientras que el cuento ha de ser globular, detenido, sílaba mental, y, cuando bien nos va, universo de bolsillo, cosmos abarcable en orden significativo. Así son los insólitos cuentos de Bruno Estañol dados a la estampa por nuestra Casa de Estudios bajo el título de *La esposa de Martín Butchell*. Me detengo en ellos porque han tenido, creo, circulación muy recatada y pudibunda, casi diría, clandestina, y sólo unos cuantos privilegiados han tenido noticia de ellos.

Sé muy bien que toda comparación es odiosa, pero las narraciones de Bruno me recordaron, un poco, de lejos, los exquisitos relatos del ensayista, traductor y pintor Guy Davenport. Sólo que, me parece que las narraciones de Davenport prosperan demasiado a la sombra de sus ondulantes ensayos (los más astutos que pueden leerse ahora en los Estados Unidos), y pierden por eso, a veces, la puntería ascética que debe lucir todo cuento. En cambio, ni la filosofía ni la erudición histórica hacen perder a Estañol la concentración y el suspenso del relato. Que, al fin y al cabo, es la esencia *sine qua non* de un buen cuento, pues, como observó Goethe, el cuento “es relato de un suceso inaudito y completamente nuevo, y es asunto de caracteres ya formados, sin ninguna evolución psicológica en el desarrollo de la narración”. Y así son los cuentos de Boccaccio, Cervantes, Pushkin o Chéjov, y también los de Bruno Estañol.

Muchos de los cuentos de Bruno exhiben sutil y peregrina erudición histórica, y todos traen piquete filosófico. El primero, que es al parecer una historia verídica, el

que da título al libro (*La esposa de Martín Butchell*), habla de dos médicos excéntricos, tan flemáticos y extravagantes como sólo pueden serlo dos ingleses en un club.

Como ejemplo de inquietud filosófica podemos trasladar aquí la presentación de cierta teoría general de los cuerpos que articula una voz infinitamente dulce y propicia: “sabemos que hay cuerpos duros, blandos, rugosos, ásperos, suaves, huesudos, nervosos; hay cuerpos lisos como la seda (...), cuerpos secos como la yesca, cuerpos acuosos y sudorosos, lampiños e hirsutos como ovejas, blandos y apacibles como almohadas o edredones, cuerpos calientes que hacen llagas al tocarlos, cuerpos calientes con pies fríos, cuerpos con cabezas frías y muslos calientes, cuerpos como camas de clavos...” y así sigue. Obsérvese que en esta clasificación sólo se distingue a los cuerpos por el sentido del tacto, imaginemos distinciones paralelas por la vista, de colores, por ejemplo, o por el oído o su consistencia y sabor en la boca, para tener una idea del desorbitado crecimiento de un intento así de clasificación.

El humor no está ausente, por dicha, de las narraciones, y es hilarante en la historia del relojero loco, que, por otro lado, y al mismo tiempo, como en Samuel Beckett, es conmovedora.

Mi maestro José Gaos nos decía que es muy conveniente, podemos decir que necesario, estudiar filosofía en combinación con las preocupaciones y enigmas de otra disciplina, historia, ciencias, ingeniería, política, teología, arte, lo que sea que nos dé en qué reflexionar. Lo mismo puede decirse de la literatura, es muy conveniente, podemos decir que necesario, combinar el ejercicio de la literatura con otra u otras experiencias que nos den sobre qué ejercer nuestra ima-

ginación literaria. En este sentido abundan los escritores de mente literaria —restringidos a las letras—, Bruno es, sin embargo, una excepción que lo hace peculiarmente curioso e interesante. La mente de Bruno, su preparación extraliteraria, es científica.

Su erudición médica deriva de que Estañol pertenece a la numerosa estirpe de los médicos narradores, que incluye, como se sabe, entre otros, a Baroja, a Chéjov, a Rabelais, a Maugham, a Celine, a Benn, a Azuela, a González Martínez, a Nandino, etcétera.

En medicina, lo que sabe Estañol es envidiable, porque su especialidad es el funcionamiento nada menos que del cerebro, es decir, es neurólogo, y en ese campo tengo esperanza fundada de que lo sepa todo, al menos lo que es humanamente posible saber, dado que estoy en sus manos porque es mi médico, y de su perspicacia depende, en parte, mi salud. ■

